

## Prólogo: Los mártires

En Colombia hay fantasmas vivos, seres que han cruzado la frontera de la muerte. Están vivos, pero muchos de ellos preferirían estar muertos a vivir en condiciones que son una carga. No es que sean suicidas, pero sufren porque sus enemigos los han arrinconado. Les queda poco tiempo y lo saben; si lo olvidan, hay amenazas y guardaespaldas que se lo recuerdan. No sólo la muerte les envía señas, también la culpa. Estos fantasmas vivos deambulan por un mundo de velorios y entierros. Han sobrevivido allí donde muchos otros han perecido y lo que les queda a menudo sirve para acelerar el fin, para dar el paso final al otro mundo. Mientras que algunos escapan en busca de seguridad, la mayoría de ellos sólo busca un lugar en donde morir con dignidad porque preferirían que se les considerara mártires y no cobardes.

Encontré a uno de estos fantasmas vivos en 1995, al poco tiempo de mi llegada a Colombia. Su nombre era Josué Giraldo, una persona común y corriente, muy colombiano en muchos sentidos. Tenía el cabello oscuro y ondulado, pulcramente cortado y la piel trigueña. La única vez que nos vimos estaba recién afeitado y llevaba camisa y pantalones bien planchados. Era compacto y fuerte y me recordó a los practicantes de lucha libre que conocí en la escuela secundaria, en mi pueblo. Sus amigos me contaron más tarde que Josué era muy deportista y que jugaba básquetbol y fútbol y salía a trotar regularmente.

Pero la apariencia tranquila de Josué no podía disimular su ansiedad. Estaba notoriamente nervioso y sus movimientos eran bruscos y el apretón de manos que me dio era rígido. Ese día intercambiamos nombres y unas pocas frases amables e insustanciales, nada más. Las palabras salían

rápidamente de su boca y me costaba trabajo comprender lo que decía porque todavía me estaba acostumbrando al español colombiano.

Josué vivía en un mundo que yo apenas estaba comenzando a descifrar. Su principal actividad se centraba en los derechos humanos. Trabajaba con la organización católica no gubernamental Justicia y Paz en Bogotá y con el comité local de defensa de los derechos humanos en la ciudad de Villavicencio, en el piedemonte de los Llanos Orientales que abarcan casi un tercio del territorio de Colombia, pero Josué también era miembro del Partido Comunista y uno de los pocos militantes activos que quedaban de un partido político de izquierda llamado la Unión Patriótica, UP. Derechos humanos y política: Josué no habría podido escoger profesiones más peligrosas en Colombia.

El día que nos encontramos, Josué había viajado cuatro horas desde su hogar en Villavicencio a través de la cadena montañosa hasta Bogotá para actuar como panelista en una conferencia de derechos humanos. Dos guardaespaldas lo cuidaban y llevaba una pequeña pistola que escondía debajo de su cinturón. Yo trabajaba con una organización internacional de derechos humanos en ese momento y lo acompañaba hasta el panel como una medida suplementaria de protección. A pesar de las armas y de los guardias yo estaba tan inquieto como él mientras nos dirigíamos hacia la conferencia en su carro blindado. Yo llevaba dos semanas en Colombia y estaba aterrado. Me había imaginado que sería como otros países que había visitado donde el temor a lo desconocido se disipa rápidamente una vez se llega pero, por el contrario, aquí me encontraba esperando que algo malo sucediera.

Mis conocimientos sobre Colombia hasta entonces provenían principalmente de los pocos libros en inglés acerca del país. En ellos, se compara la guerra civil colombiana con otras alrededor del mundo (en el fondo, la mayoría de las guerras son como la de Colombia). Los libros lo explican con datos y estadísticas: cerca de la mitad de la población se encuentra en estado de pobreza; existe una gran escasez de escuelas y de centros de salud; alrededor del 15% de la población es analfabeta y un cuarto de la población carece de los servicios públicos básicos de agua y electricidad; el 10% más rico de la población controla más de la mitad del patrimonio; 4% de las fincas ocupan tres cuartas partes de la

tierra cultivable. Las desigualdades llevan al malestar, lo cual conduce a las protestas, lo cual, a su vez, lleva a la guerra.

En los textos se resalta los horrores de la contienda civil con cifras aterradoras: en los años noventa cuando yo llegué había aproximadamente treinta mil asesinatos por año, setenta y cinco asesinatos políticos por semana, diez personas secuestradas por día. Había más de veinte mil guerrilleros de izquierda que luchaban contra unos doscientos cincuenta mil soldados y policías oficiales. Además, había unos diez mil alzados en armas que velaban por los intereses gubernamentales y económicos, los paramilitares de derecha, que luchaban contra los rebeldes y asesinaban a todos los que consideraban sospechosos de ayudar a la guerrilla. La mayoría de estos hombres armados estaban escondidos en barracas del Ejército, en las selvas distantes y en escondites de las montañas, pero aun así, para un recién llegado como yo, las cifras eran avasalladoras. En mis primeras semanas todos eran asaltantes potenciales y cada situación se había convertido en peligrosa. El resumen de la situación me había dejado una espantosa sensación de terror, especialmente cuando me encontraba con personas que, como Josué, habían recibido amenazas de muerte.

Las gotas de lluvia se deslizaban por la ventana del carro a medida que Josué, sus guardaespaldas y yo nos incorporábamos ese día al tráfico bogotano. La humedad hacía borrosas las luces de los otros carros que luchaban por ubicarse en los carriles y choferes impacientes pitaban furiosamente a los policías de tráfico, a otros carros, a la lluvia y a todo lo demás que encontraban en el camino. El centro de Bogotá es moderno con edificios altos, apartamentos lujosos y brillantes avisos de neón; pero todo se cubre con una capa de hollín cuando llueve, el barro simplemente se hace más fuerte y el tráfico se vuelve imposible. Ese día nos habíamos quedado atascados durante mucho tiempo y no me gustaba nada esa situación, pero los carros estaban trenzados en un nudo casi imposible de desatar.

Dentro del auto había poco ruido: no había radio, no se hablaba, solamente se oía el sonido ocasional de las ametralladoras de los guardaespaldas que tocaban las ventanas cuando el carro se ponía de nuevo en marcha. Josué y yo estábamos sentados en el asiento trasero.

No hablamos ni de él, ni de su trabajo en derechos humanos ni de la UP. A esas alturas yo sabía muy poco del partido político que más tarde se convertiría en mi obsesión. En ese entonces tan sólo sabía que era el principal objetivo de los grupos paramilitares que prosperaban en el país y estaba demasiado perturbado por las armas como para ser capaz de pronunciar frases completas.

Después de cuarenta y cinco minutos bajo la lluvia bogotana, finalmente llegamos al lugar de la conferencia, un auditorio medio lleno. Nos quitamos las chaquetas, nos sacudimos el agua y yo me arrellané en mi asiento mientras Josué se dirigió hacia el frente para saludar a los demás panelistas y allí noté algo extraño, la primera indicación de que Josué era alguien especial. Los demás panelistas se levantaron para saludarlo y estrecharle la mano suavemente; él les habló dirigiéndose a ellos en conjunto mientras ellos le sonreían, le hablaban despacio y luego se retiraban un poco para que él pudiera sentarse. Nada de esto hubiera parecido extraño, salvo por el hecho de que Josué, con sus treinta y seis años, era más joven que todos ellos. Sin embargo, lo trataban como si fuese un viejo soldado. Los gestos no parecían tanto de piedad como de reverencia y pronto se hizo evidente que Josué era un héroe para muchos de ellos, un sobreviviente de una época ya pasada.

El panel comenzó y, aunque Josué se sentó cerca de ellos, los demás panelistas se referían a él como si no estuviera presente.

En las universidades donde estudié me habían dicho que la democracia colombiana es aclamada como una de las más antiguas de la región. Las elecciones democráticas habían sido interrumpidas solamente una vez, a mediados de los años cincuenta, por una breve dictadura militar. Los profesores me dijeron que aunque existe un sistema de partidos, la mayor parte de la actividad está limitada a los dos tradicionales, el Liberal y el Conservador, que han manejado el país desde comienzos del siglo XIX, alternándose el poder de formas democráticas y de formas bastante menos que democráticas y, lo que es más importante, han sembrado las semillas de la lealtad de una manera tan profunda que es casi imposible deponerlos del trono. Por más de cien años los colombianos han sido o liberales o conservadores y dicen que se lleva en la sangre, tanto como la tradición del voto. Incluso cuando los dictadores militares se tomaron

el poder en muchos otros países latinoamericanos por largos períodos en los años sesenta y setenta, los dos partidos sobrevivieron y el país continuó siendo una democracia. Más aún, enfatizaban mis profesores en su momento, los líderes políticos colombianos condenaron la represión que se extendió por toda la región.

Sin embargo, arrogarse una superioridad moral durante las dictaduras fue una actitud tan hábil como hipócrita. En mis estudios descubrí que la violencia siempre ha rondado a la política colombiana y gran parte de esta violencia ha sido promovida desde los dos partidos en el poder. Colombia ha sufrido incontables guerras civiles, con nombres descriptivos y brutales como la guerra de los Mil Días o la guerra de los Supremos. Un historiador ha contado hasta cincuenta y nueve “revoluciones locales” solamente en el siglo XIX. La violencia política me parecía, entonces, casi tan común como las elecciones pero, aun así, Colombia se las ingenia para presentarse como un adalid del desarrollo y de los valores del Primer Mundo en la región, al mismo tiempo que sus políticos son asesinados en números abrumadores.

Tal fue el caso del partido de Josué Giraldo, la UP. La Unión Patriótica era un pequeño partido de izquierda, un participante marginal en el juego político, comparado con los liberales y los conservadores. En su momento cumbre, a mediados de los años ochenta, la UP sólo obtuvo un pequeño porcentaje del voto, por lo cual su impacto ha sido más simbólico que político, ya que, a pesar del tamaño de la UP y de su escasa representación, le había proporcionado al país un sorprendente número de mártires. Yo había leído algo sobre ellos antes de venir a Colombia, pero para mí estos muertos eran un grupo sin rostro, una cifra más para sumar al número de asesinatos cometidos por año, de asesinatos políticos cometidos por semana y de secuestros cometidos por día. Ese lluvioso día bogotano, cuando fui con Josué a esa conferencia, pude darme cuenta de algo que ninguno de los libros que yo había leído me había revelado: que la UP estaba conformada por seres humanos. Josué se paró entre esos colegas que tanto lo admiraban y les dio a las víctimas de la UP una forma y un significado.

Se trataba de líderes sindicales, maestros, estudiantes, amas de casa y niños, dijo Josué. Algunos hacían discursos y otros organizaban a la multitud; la mayoría simplemente asistía a las marchas y votaba; muchos

de ellos estaban retornando a la política después de años de ausencia, explicó. Habían renunciado a participar en el proceso democrático mientras que los liberales y los conservadores continuaran dominando en el gobierno. Hasta que se lanzó la UP en 1985, estaban convencidos de que todos los políticos eran corruptos, y el voto no parecía cambiar este hecho, pero por un breve período la UP les devolvió la esperanza y muchos de ellos retornaron a la política con un vigor renovado; todos pagaron por su decisión con sus vidas.

Algunos políticos de la UP fueron asesinados a la luz pública, frente a sus hogares, ante sus amigos, sus hijos, sus esposas, dijo Josué. Otros militantes fueron asesinados cuando viajaban por carreteras destapadas o jugaban al billar en salones populares. Los miembros de la UP murieron cuando se tomaban un café al aire libre, cuando recogían a sus hijos en el colegio o cuando estacionaban sus carros y otros líderes de la UP tuvieron que exiliarse o fueron alejados por amenazas o intentos de asesinato.

Los asesinos utilizaban armas y pistolas automáticas, decía Josué, y en muchas ocasiones los asesinos eran dos hombres en motocicleta o escondidos en sus carros detrás de vidrios oscuros desde donde accionaban sus armas. Estos hombres ni siquiera ocultaban el rostro, pocos han ido a la cárcel por estos asesinatos porque las investigaciones se apilan por montones en la oficina del fiscal general. Aquéllos que están detrás de estos crímenes tampoco se esconden, agregó. Muchos de ellos eran rivales políticos en los partidos Liberal y Conservador que vilipendiaban públicamente a la UP cuando se presentaba la ocasión y allanaron la vía para que los asesinos los mataran.

En total fueron asesinados más de tres mil líderes y partidarios de la UP, dijo, tildándolo como un “genocidio político”. Muchos parientes y amigos de las víctimas ni siquiera se tomaron la molestia de denunciar los casos de sus seres queridos porque temían por sus propias vidas y estaban convencidos de que la posibilidad de obtener justicia era muy remota. Menos de una docena de paramilitares y de personal de bajo rango del Ejército ha sido condenada por el asesinato de militantes de la UP. El partido, concluyó Josué, había sido destruido en cada nivel y la izquierda democrática aún se estaba recuperando de lo que era un golpe decisivo a su noción de que la democracia más antigua y celebrada de la región debería ser, genuinamente, una democracia.

Es probable que Josué ya hubiera dado esta charla en docena de conferencias, pero para mí esta ocasión se convirtió en el momento decisivo porque, por primera vez, podía ver cuáles eran las líneas de frente en la guerra colombiana: no se encontraban en los ríos y las montañas donde las guerrillas y los paramilitares tenían sus campamentos, eran las casas, los parques, los cafés y los carros blindados que corrían entre el tráfico bogotano y los soldados de la línea del frente no portaban fusiles Kaláshnikov ni Galil ni marchaban hacia las barracas del Ejército o los escondites en la selva, llevaban cuadernos de notas y participaban en estas conferencias de derechos humanos.

Cuando empecé a estudiar el caso de la UP, encontré que la guerra que acabó con más de tres mil de sus miembros había comenzado mucho antes de que Josué ingresara al partido. Era una guerra tanto política como económica que habría de devorar al país entero. Mientras gran parte del mundo estaba absorta en la Guerra Fría, Colombia tenía su propia guerra interna conocida como la Violencia, cuyos orígenes se remontan a los años treinta cuando los grandes terratenientes, especialmente aquéllos que se encontraban en el cinturón cafetero de la región central que dominaba la economía del país, estaban en proceso de industrializar sus tenencias. Querían mejorar su capacidad de competir en el emergente mercado global del café, pero los pequeños campesinos que querían mantener sus parcelas intactas se resistían al cambio. Las luchas se convirtieron en encuentros sangrientos a mediados de la década de los cuarenta y los grandes terratenientes, que incluían a miembros de los dos partidos tradicionales, acudieron a la Policía para que los ayudara a someter a los campesinos y expandir sus propiedades. Los campesinos buscaron ayuda política para contrarrestar el asesinato y la encontraron en un carismático líder del Partido Liberal llamado Jorge Eliécer Gaitán.

Para mí la historia de Gaitán representaba los aspectos más problemáticos de la política latinoamericana. Gaitán era un hombre ciudadano, bien educado y ubicado en los altos escalones del Partido Liberal, pero las injusticias y la represión en el campo lo empujaron a dejar a sus mentores y a crear un sindicato campesino para luchar contra los grandes terratenientes. Gaitán también obtuvo apoyo de pequeños comerciantes

y de sindicalistas, descontentos con los favoritismos de la elite política. Su gran manejo del lenguaje agitador y de protesta atrajo a mucha gente porque su mensaje era sencillo, proteger a los débiles de los fuertes y lo difundió con pasión ante un pueblo hambriento. En los pasillos de las bibliotecas y universidades de Colombia se pueden ver hoy en día enormes fotografías de Gaitán, en blanco y negro, con la boca abierta y el brazo levantado hacia el cielo. Él continúa siendo uno de los pocos héroes indisputables al que casi todos, desde entonces, han reivindicado para su beneficio político.

En los años cuarenta, sin embargo, Gaitán se convirtió en el poderoso enemigo de los líderes conservadores y liberales. Constituía una amenaza a su dominio del poder y, por lo tanto, los dos partidos lanzaron campañas públicas de difamación; quienes le temían lo llamaban “el lobo” y quienes se sentían inseguros lo llamaban “el idiota”. Los líderes de los dos partidos lo tildaban de comunista, una forma velada de poner de su lado a los Estados Unidos, que les creían a los opositores de Gaitán. Este hombre cuenta con los mismos partidarios que los comunistas, decía un cable enviado en 1946 por la Embajada de los Estados Unidos a Washington, y es un “agitador” igualmente efectivo. A pesar de la oposición, la popularidad de Gaitán seguía en ascenso y los colombianos decían que éste era su presidente y que les había llegado su momento de gobernar.

Pero no fue así: había demasiados obstáculos políticos, demasiados enemigos, y ya demasiados fusiles. El 9 de abril de 1948 un supuesto loco le disparó a Gaitán cuando salía de su oficina en el centro de Bogotá para almorzar. Una multitud detuvo al asesino y lo masacró ahí mismo destruyendo así todas las posibilidades de develar las identidades encubiertas de quienes habían dado la orden. La muerte de Gaitán continúa siendo un misterio sin resolver y la lista de sospechosos, que incluye tanto a líderes de los partidos Liberal y Conservador como a espías de los Estados Unidos y del Partido Comunista, es tan larga como el día mismo en que le dispararon a Gaitán.

Con la muerte de Gaitán, Bogotá estalló. Los gaitanistas se enfrentaron con la Policía y saquearon los almacenes. El Ejército fue llamado pero no pudo contener a las turbas enfurecidas, así que comenzaron a disparar y se prendieron incendios devastadores dejando cientos de



muertos y la mitad de la ciudad histórica en ruinas. Eventualmente, la furia se extendió al campo y suministró el impulso de la guerra actual. Como dice el historiador Eric Hobsbawm, “fue la única revolución a nivel nacional producida por combustión espontánea”. La Violencia había comenzado.

Inicialmente, la lucha fue entre las líneas de los partidos. Los conservadores “azules” contra los “rojos” liberales, los mismos dos partidos que se habían enfrentado en las “revoluciones locales” durante el siglo anterior y habían detentado el poder político por más de un siglo. Los dos partidos organizaron grupos armados para proteger sus intereses. Los conservadores utilizaron a la Policía y a los escuadrones de la muerte, conocidos con nombres como “pájaros”, con el fin de debilitar los enclaves de los liberales. Paramilitares como Tarzán y el Capitán Venganza pasaban por los pueblos con la ferocidad que indicaban sus nombres y las masacres que siguieron llevaron a los liberales a organizar sus propios grupos armados: “los bandidos”, “los matones” y “las guerrillas”. Con el paso del tiempo, la lucha también se hizo interna, dentro del partido, y pronto hubo guerrillas liberales que combatían a los escuadrones de la muerte tanto de liberales como de conservadores. El desorden que sembró la Violencia también se prestó para que la gente comenzara a saldar cuentas con vecinos indeseables, cónyuges infieles, terratenientes abusivos y jefes intransigentes.

Uno de mis maestros, el historiador Gonzalo Sánchez Gómez, denomina esta época “el monstruo de mil cabezas” y dice que el objetivo no era solamente matar al enemigo sino barrerlo de la faz de la tierra, destruir completamente la idea misma de que había existido. Para tal fin los paramilitares masacraban a los seguidores del Partido Liberal y los trozaban en pedacitos con sus machetes, los descueraban a cuchillo, violaban a sus mujeres, quemaban y saqueaban las casas de los liberales, atravesaban bebés con bayonetas y a los hombres les envolvían los genitales alrededor del cuello. Las guerrillas liberales a menudo respondieron con barbarie similar. Escribe Sánchez sobre la Violencia: “Existe este despliegue ceremonial del asesinato expresado en una perversión casi estudiada como la de cortar las lenguas (la palabra del otro), acuchillar a las mujeres embarazadas (eliminando así la posibilidad de que el otro se reproduzca), crucifixiones, castraciones y muchos otros actos que

estaban dirigidos no solamente a eliminar a doscientas mil personas (1948-1964), sino dejar una marca indeleble en los millones de colombianos que seguían viviendo”.

Sin embargo, los esfuerzos por destruir al otro no funcionaron bien y la escala y la brutalidad de los asesinatos solamente contribuyó a que fuera más difícil para Colombia salir del abismo. De hecho, la pelea dividió familias, destruyó pueblos y fragmentó al país en pedazos y lo que queda son los recuerdos. No he encontrado un colombiano que no tenga una historia de mutilación, masacre o duelo que contar y con estas historias vienen las razones para continuar la guerra.

La Violencia constituye el telón de fondo de las muchas historias de guerra en Colombia y le dio forma a la resistencia y a las luchas populares. Durante la Violencia, cada partido comenzó a trazar los patrones que caracterizarían sus modalidades de lucha en los años por venir: los conservadores utilizarían los escuadrones de muerte de los paramilitares, los liberales utilizarían a los grupos guerrilleros, mientras el Partido Comunista trataría de sobrevivir con lo que le quedara disponible.

Para defenderse de los asaltos durante la Violencia, los comunistas comenzaron a organizar los grupos de autodefensa. Hicieron un llamado a todo hombre o joven lo suficientemente sano y robusto, e incluso a las mujeres, para montar guardia; se dispersaron por los montes que rodeaban sus parcelas y esperaron. Cuando aparecían los grupos enemigos listos para asaltar, los guardias daban la voz de alerta y los hombres juntaban sus fusiles y se reunían en las fincas y en los parques públicos y allí se alistaban para el combate.

Una de las armas favoritas de los campesinos era conocida como el catalicón, un tubo de metal que los atacantes sostenían por una punta y llenaban con pólvora, piedras, piezas de metal y mugre por la otra. Después de preparar el dispositivo, los campesinos lo amarraban a un árbol y lo apuntaban hacia el sendero por donde esperaban que aparecieran las tropas del gobierno. “Para el Ejército se trataba de un arma temible porque mataba todo lo que se le cruzaba por el camino”, escribió un historiador comunista.

Mientras en el campo los comunistas colombianos peleaban una guerra, en las ciudades buscaban apoyo para su partido político. Even-

tualmente, la estrategia de utilizar tanto la guerra como la política tomó un nombre: *la combinación de todas las formas de lucha*. La estrategia era sencilla: los comunistas tendrían grupos políticos, sindicalistas y estudiantes que defenderían sus intereses en las plazas, las fábricas y las aulas de clase; y la guerrilla y las asociaciones de campesinos defenderían sus intereses en el monte, las montañas y las selvas. En otras palabras, usarían todas las herramientas o “formas de lucha” a su disposición para combatir y finalmente derrocar al gobierno.

Los comunistas colombianos se basaron en las enseñanzas de Vladimir Lenin para justificar la estrategia de *la combinación*. Para Lenin, toda estrategia se regía por las circunstancias. La estrategia, declaraba, no obliga “al movimiento a una sola forma determinada de lucha”. El marxismo, decía, “exige que se preste mucha atención a la lucha de *masas* en curso que con el desarrollo del movimiento, el crecimiento de la conciencia de las masas y la agudización de las crisis económicas y políticas, engendra constantemente nuevos y cada vez más diversos métodos de defensa y ataque”.

El Partido Comunista Colombiano, **PCC**, interpretó las palabras de Lenin literalmente, es decir, que era válido utilizar todas las formas de lucha en todo momento. Es más, las circunstancias durante la Violencia lo requerían y, a finales de los años cuarenta, con el país en brazos de la corrupta política que caracterizó la época, el Partido Comunista hizo pública por primera vez su posición con respecto a la estrategia. “Los comunistas deben proceder a organizar grupos de autodefensa en todas las regiones donde las fuerzas reaccionarias puedan atacarlos”, escribieron sin recato los líderes del partido.

En los años que siguieron, los grupos de autodefensa protegieron a los seguidores de los comunistas en varios pueblos de las montañas alrededor de Bogotá y, aunque estos grupos eran pequeños en tamaño y alcance, la estrategia era efectiva. Unos cuantos fusiles y grupos armados organizados les ayudaron a los comunistas a sobrevivir. Cuando eran atacados –como a menudo lo eran por el Ejército, por los “pájaros” conservadores y, más tarde, por los “limpios” del Partido Liberal– los comunistas luchaban para proteger a sus partidarios. Cuando sus opositores ganaban la partida, huían en grandes grupos. Esta “colonización armada”, como se la llamaría después, dejó una marca profunda que aún

se percibe en las nuevas generaciones: sus relaciones con el gobierno, los militares y los partidos políticos oficiales serían de conflicto y de pelea; los comunistas serían su única defensa, no habría lucha “legítima” o “ilegítima”, lo único que importaría sería sobrevivir.

Las peleas entre el gobierno y los partidarios comunistas continuaron durante años: el gobierno sobre todo atacaba y los comunistas se retiraban. Es lamentable porque el gobierno podría haber buscado la paz en estos primeros años y Colombia sería otro país. En ese momento, el comunismo en Colombia contaba con poco más que unos escasos cargos políticos insignificantes y algunas bases rurales. Un poco de tierra y una paz segura hubieran bastado, pero los políticos y los funcionarios militares parecían enceguecidos por la visión del mundo de la Guerra Fría. Eran los comienzos de los años sesenta, Fidel Castro había tomado el poder en Cuba y en otras partes de América Latina estaban surgiendo movimientos revolucionarios. El gobierno colombiano y su padrino, el gobierno de los Estados Unidos, concluyeron erróneamente que Colombia podría ser el siguiente país en caer en la esfera soviética y cubana.

En muchos sentidos, de la misma manera que la actuación de los partidos políticos durante la Violencia habría de afectarlos en las décadas siguientes, las modernas relaciones entre Colombia y los Estados Unidos fueron moldeadas por los primeros años de la Guerra Fría. Para combatir la amenaza comunista, el presidente John Fitzgerald Kennedy lanzó la Alianza para el Progreso, una estrategia de desarrollo económico para América Latina. Bajo la tutela del gobierno de los Estados Unidos, los colombianos iniciaron su propio plan, llamado el Plan Lazo, un derivado de la Alianza para el Progreso diseñado para frenar a los grupos rebeldes y, simultáneamente, para dar incentivos económicos en las áreas rurales golpeadas por la pobreza. Estados Unidos bautizó esta estrategia como “balas y fríjoles”, con la cual esperaban combatir el comunismo en todo el mundo. El gobierno colombiano acogió la idea pero luego aplicó más “balas” que fríjoles y lo hizo con la colaboración del gobierno de los Estados Unidos..

Esta primera batalla entre los comunistas y el gobierno colombiano culminó en 1964 en el piedemonte del Tolima, a unos doscientos cincuenta kilómetros al suroeste de Bogotá. Allí el Partido Comunista

controlaba débilmente cinco pequeños municipios, donde sus seguidores habrían podido vivir felizmente ignorados con unas pocas cabezas de ganado, sus bohíos de madera y una bandera del partido ondeando de una ventana, pero para los gobiernos de Colombia y de los Estados Unidos cinco municipios eran demasiado. Los debates se sucedieron en el Congreso colombiano sobre lo que un destacado senador conservador comenzó a llamar “las repúblicas independientes”. Las palabras provocaron consternación en Bogotá y en Washington, D.C. y el gobierno colombiano respondió sofocando las “repúblicas independientes” cortando el paso por las carreteras que conducían a la región. Luego, con la ayuda de militares norteamericanos, se organizó lo que se creía que sería el último ataque a los bastiones comunistas. En mayo de 1964, los militares colombianos enviaron a los enclaves comunistas miles de tropas y docenas de aviones con bombas, morteros y napalm suministrado por los Estados Unidos. Allí les esperaban 42 hombres ligeramente armados y unos cuantos puñados de civiles.

En términos militares, la ofensiva del gobierno fue un éxito, las “repúblicas independientes” fueron erradicadas y los comunistas salieron en desbandada una vez más, pero con el tiempo se hizo evidente que los ganadores a largo plazo fueron los comunistas. Solamente unos pocos perdieron sus vidas durante la ofensiva y los ataques del gobierno lograron que se reforzara el uso de los grupos de autodefensa. En las ciudades, los líderes comunistas hicieron llamados a la resistencia y señalaron las bondades de su estrategia, *la combinación de todas las formas de lucha*. En el campo, el Partido Comunista le puso un nombre a los resistentes: el Bloque Sur, por estar ubicado al sur del Tolima. El bloque protegería a sus seguidores en sus nuevos hogares, tal como lo habían hecho durante toda la Violencia y los campesinos les pagarían formando la base de la nueva organización creada en 1966, dos años después del ataque a las repúblicas independientes: las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, mejor conocidas como las FARC. La guerra de la época moderna en Colombia había comenzado.

Para el Partido Comunista los ataques a las “repúblicas independientes” se convirtieron en el punto culminante de la Violencia y, en los años que siguieron, esta historia de David y Goliat le puso color a todo

aquello que el Partido Comunista y las FARC hicieron: se convirtieron en los oprimidos que a fuerza de voluntad podían derrotar a su enemigo; pensaban que lo que les permitía sobrevivir era un estado mental, al igual que su fortaleza física. En este contexto, los grupos de “autodefensa” tendrían siempre un lugar y la estrategia comunista de *la combinación de todas las formas de lucha* se convertiría inevitablemente en el mantra del partido.

No obstante, adherirse a esta estrategia les fue resultando costoso con el tiempo porque la glorificación de los grupos de autodefensa fortaleció el lado guerrillero de la organización. Los grupos de autodefensa inevitablemente se multiplicaron y las FARC crecieron. El lado político del Partido Comunista trató de mantener el control, pero pronto los rebeldes comenzaron a pasar a la ofensiva y con las victorias militares llegó el poder político para las FARC. Poco tiempo después, se vio claramente que los rebeldes se estaban convirtiendo en los líderes de la organización.

Finalmente, bajo el amparo de las conversaciones de paz que las guerrillas iniciaron con el gobierno a comienzos de los años ochenta, las FARC decidieron crear su propio partido político, separado del Partido Comunista, que las guerrillas llamaron la Unión Patriótica o UP. Formado como una mezcla del Partido Comunista y de las FARC, la UP fue la encarnación de *la combinación de todas las formas de lucha* porque, para entonces, *la combinación* era una forma de actuar que no se cuestionaba, tan normal como tomar una taza de café al desayuno: los comunistas hacían campaña en las ciudades mientras los grupos de autodefensa se enfrentaban a las tropas del gobierno en las zonas rurales. Las FARC decidieron que, en el caso de la UP, el nuevo partido representaría y trabajaría para los dos aspectos de la organización.

Sin embargo, las FARC subestimaron las fuerzas que se les oponían porque, casi desde el comienzo, los enemigos de la UP descifraron los objetivos del nuevo partido. No se detuvieron a escuchar la plataforma de la UP ni se preocuparon por comprender sus motivos, simplemente igualaron a la UP con las FARC y empezaron a disparar. El “genocidio político” había comenzado. Durante los siguientes diez años miles de militantes de la UP fueron asesinados, otros cientos fueron a esconderse o huyeron del país. Incluso cuando ya estaba claro que la UP no tenía poder político, sus enemigos continuaron matándolos. Al igual que durante la

Violencia, el objetivo no era sólo eliminar el partido sino también la idea de que David realmente podía vencer a Goliat.

Cuando conocí a Josué Giraldo, lo único que quedaba de la lucha de la UP era contrarrestar la idea que se podía vencer a David con solo matarlo. Esto hacía que Josué fuera un fantasma vivo porque no podía ganar la guerra, ni siquiera podía ganar una batalla. Visto de una forma convencional, el partido de Josué había perdido: miles estaban en la morgue y cientos estaban huyendo. Josué y algunos de sus valientes colegas de la UP era todo lo que quedaba. Pero estaban ahí, erguidos, con el pecho al descubierto, esperando que las balas los atravesaran porque muriendo probaban que estaban vivos. Era perverso y triste, pero al mismo tiempo inspirador y, en cierta forma, no crítico a Josué ni a la UP por haber tomado esta posición tan poco convencional. Eran el producto de la política de Colombia y víctimas de su cólera implacable porque para ellos la única forma de vivir era prepararse para la muerte y pronto se convertirían en los mártires.

Había un lado de Josué que disfrutaba de esta fama oscura. Le gustaba que sus colegas lo felicitaran, le gustaba, asimismo, la reverencia que demostraban los otros panelistas y que lo consideraran un héroe en los círculos políticos de izquierda. Josué era un miembro tanto del Partido Comunista como de la UP. Era un revolucionario y, como tal, era un soldado dispuesto a luchar para derrocar al gobierno, bien fuera por las armas o por las urnas. Como la UP, él simbolizaba *la combinación de todas las formas de lucha*, porque abrazaba la idea de que podía contribuir a la revolución, que algunas veces significaba respaldar a los rebeldes de izquierda. Se trataba de una estrategia que me confundía: ¿por qué apoyar a las guerrillas y, al mismo tiempo, hacer una campaña abierta por los derechos humanos y políticos? Todavía más extraño, la situación de Josué parecía mejorar, incluso su posición dentro de la UP, a medida que se convertía cada vez más en una víctima potencial. Por la época en que lo conocí se decía que a su cabeza le habían puesto el precio de 30.000 dólares y esto lo hacía sentir a la vez aterrado y orgulloso.

Si bien es cierto que disfrutaba de la atención que le proporcionaba su militancia desafiante, Josué no sabía realmente cómo manejar la vida. De alguna forma él había sobrevivido a los once años de actividad política dentro del partido más amenazado del país, mientras que muchos

de sus más cercanos amigos y colegas habían sucumbido. Esto parecía ser una carga para él porque se había vuelto maniático e impredecible. Algunos días Josué podía ser desafiante y retar a sus enemigos a que lo mataran, pero otros se comportaba como un cachorrito atemorizado. Siempre estaba paranoico y le costaba trabajo conciliar el sueño, por lo que se levantaba en la noche y deambulaba por la casa o leía. La ansiedad lo hizo precavido: cambiaba sus itinerarios evitando adoptar rutinas predecibles y nunca salía después de que oscurecía y aunque le encantaban los deportes limitaba sus actividades. Trotaba en el lote abandonado frente a su casa de dos pisos de estilo colonial, desde donde su esposa, Mariela, podía echarle un ojo. Muy ocasionalmente, sacaba a sus dos pequeñas hijas a pasear en sus bicicletas, pero casi todo el tiempo se mantenía encerrado en la casa.

La constante amenaza fue debilitando a Josué y cuando le contó a su esposa sus temores ella lo urgió para que se retirara de la UP. “No”, le contestaba, “sería como un acto de cobardía”, y ella no volvía a hablar de eso porque no quería ser la amargada, la que lo alejaba de la lucha. Sin embargo, Josué compartía algunos de sus sentimientos, añoraba poder llevar una vida normal, trotar sin que su esposa tuviera que vigilarlo y estar con sus dos niñas sin temer que pudieran ser las víctimas de un ataque dirigido a él. No obstante, como muchos otros miembros de la UP antes que él, Josué descubrió que estas dos urgencias, la dedicación a la UP y el deseo de vivir una vida normal, eran polos opuestos: la dedicación a la UP le impedía llevar una vida normal, ya que Josué estaba en la primera fila de batalla.

“No vamos a un cine”, escribió Josué acerca de su vida en familia. “No vamos a un baile, no vamos a un parque. No hacemos visitas ni las recibimos. Nos hemos encerrado en una vida de paredes por la tensión misma de saberse condenado a muerte. Nuestra vida es una vida de encierro, no podemos pensar en ir de paseo al campo, ni salir en la misma ciudad. No me gusta salir con las niñas para no arriesgarlas. No puedo siquiera ir a comprarles un helado. Eso me ha ayudado a permanecer vivo, pero con un costo muy grande para la salud familiar. Tenemos momentos de tensiones colectivas en que por el encierro quisiéramos explotar, quisiéramos tirarnos por las ventanas e irnos a cualquier lado”.



En la mañana que fue asesinado, Josué estaba tratando de ser lo que no podía ser: un padre juguetón, pues estaba con sus hijas montando una carpa en el lote al frente de su casa. Mientras Josué tomaba un machete para limpiar el espacio donde pondría la carpa, su amigo y colega Michael López, un abogado del grupo de derechos humanos Justicia y Paz, y ciudadano de los Estados Unidos, que lo estaba visitando ese fin de semana, se sentó en el frente de la casa con un libro. Después de haber despejado el área con el machete, Josué comenzó a armar la carpa con la ayuda de Michael. Las niñas jugaban cerca del lugar donde ellos se encontraban y se ofrecían ocasionalmente para sostener un paral, mientras su padre lo martillaba suavemente para enterrarlo.

La esposa de Josué, Mariela, se encontraba en la casa maquillándose para ir a la iglesia. A diferencia de Mariela, que nunca faltaba a misa, Josué no iba a la iglesia porque decía que su fe provenía de ayudar a los demás. “Creo que me iré al cielo antes que cualquiera de los que van a misa”, le comentaba a menudo. Lo creía firmemente, tal vez porque su compromiso vital con la UP, con un partido forjado con la sangre de los mártires, le daba el derecho de creer en muchas cosas.

La carpa estaba a medio armar cuando un hombre de pelo corto y crespo con un fino bigote apareció por el otro lado del lote y lentamente se fue acercando a Josué. Desde que se había unido a la UP, once años atrás, Josué había comenzado a notar movimientos extraños y presencias sospechosas. También sabía cuál era el aspecto de los asesinos, puesto que ya le habían disparado una vez; la única razón por la cual había sobrevivido a este primer ataque fue debido a que al hombre se le agotaron las balas antes de que pudiera lograr su cometido.

Pero ese día Josué había bajado la guardia y ni siquiera notó cómo el asesino avanzaba por el pasto crecido tocando el bolsillo en el que llevaba el arma. Josué tal vez estaba ensimismado o tal vez absorto en la felicidad de sus niñas con el ensamblaje de la carpa, o tal vez se estaba preguntando si su amigo Michael la estaba pasando bien. O quizás sólo estaba tratando de ser normal y había dejado de mirar por encima del hombro preguntándose cuándo le **dispararían otra vez**. Ciertamente, **no habría** sido el primer miembro de la UP que sintiera que no valía la pena preocuparse más por la muerte. A los miembros de la UP les parecía que había un número inagotable de asesinos y no se detendrían hasta haber

logrado su objetivo. Antes de él, otros se habían cansado de la cacería y habían enfrentado **la muerte**. Por lo visto, Josué estaba haciendo lo mismo: ese fin de semana había dejado a sus guardaespaldas en Bogotá, había dejado la pistola en la casa, estaba listo y era su turno.

El hombre de pelo crespo se encontraba a sólo unos metros de distancia cuando Josué finalmente lo vio. Inmediatamente le gritó a sus hijas, “¡corran, corran, corran!”, pero el asesino ya le estaba disparando. El líder de la UP echó a correr en zigzag por el lote de pasto. Michael alcanzó a coger a las niñas y huyó hacia la casa. Luego se dio vuelta y vio al hombre que se encontraba de pie al lado de Josué con el arma apuntándole en la parte posterior de la cabeza. **Michael vio cómo el arma daba un culatazo** y el cuerpo de Josué se estremecía con un último espasmo de vida. Para rematarlo, el asesino le disparó una segunda vez y corrió hacia el otro lado del lote, por donde salió en una motocicleta con otro hombre que lo esperaba.

Josué cayó de lado mojando con su sangre el pavimento. Sus ojos estaban bien abiertos y miraban hacia el cielo. Su camino había terminado. Junto con otros colegas de la UP, se había transformado en un mártir, en un soldado muerto en la batalla por su partido.

La muerte de Josué me sacudió. Así como su discurso en ese lluvioso día bogotano hizo que las víctimas de la UP se convirtieran en seres reales, su asesinato me acercó de manera horripilante al dilema de la UP. También me llevó a plantearme una serie de preguntas que iban mucho más allá de tratar de resolver la identidad de los asesinos. ¿Quién era Josué y cómo había podido aceptar ese destino ineludible? ¿Qué había detrás de todo esto que fuera tan convincente como para que Josué hubiera muerto por ello cuando tenía esa familia tan bella? ¿Cómo se convirtió en la persona que fue, humilde y a la vez desafiante, sumisa y combativa?

Las preguntas no tenían respuesta fácil, por lo que comencé a indagar más acerca de Josué y de su partido político. Con el tiempo, profundicé mi conocimiento sobre un hombre que me dejaba perplejo y un partido político que me cautivaba. Tal como la UP, Josué era una contradicción viviente, era una extraña mezcla de padre dedicado y pertinaz militante de la UP. Vivía para su familia, pero nunca pudo calcular lo que signi-

ficaba para ella cuando estaba vivo porque, al parecer, estaba atrapado en una lucha que iba contra el sentido común y que llevó a Josué y a la UP a su final.

También pude comprobar que el martirio de Josué era tan sólo una parte de una historia más amplia, tal como lo era él. La UP estaba llena de fantasmas vivos como Josué, pero también había sido un partido lleno de gente enérgica y creativa que creía en sus postulados. Estas personas no estaban interesadas en *la combinación de todas las formas de lucha*, no recibían órdenes de las FARC ni del Partido Comunista, no estaban tratando de convertirse en mártires. Estaban buscando cómo trabajar democráticamente, creían que la UP era no sólo una parte de la lucha de masas, sino que era *la* lucha misma.

Descubrí que hubo un momento en que el propio Josué estaba más lleno de esperanza que de sumisión. Cuando la UP inició su camino, él era un joven y arriesgado abogado comunista que se había unido al partido para luchar por la paz; era un incansable líder que organizaba jornadas artísticas, leía poesía y dirigía obras de teatro para el partido naciente; era un amante de los deportes, un hijo y hermano dedicado. En aquellos días Josué tenía una vida y un espíritu para su causa. Naturalmente sentía temores, pero se veían mitigados por sus increíbles posibilidades.

Luego me fui enterando de más y comprendí que la historia de la UP tenía menos que ver con el temor y la sumisión que con una enorme esperanza. Cuando se creó el partido, miles de espíritus como el de Josué se incorporaron a la UP para impulsar el fin de la guerra. Tal como lo indicaba el nombre del partido, eran patriotas, tenían una visión de Colombia como uno de los países más ricos y mejor educados de Latinoamérica, y vieron en la política un medio para iniciar una nueva era de paz. Las circunstancias les hicieron creer aún más en ellos mismos y en el partido. El gobierno y las FARC estaban negociando la paz, las guerrillas estaban bajando del monte y haciendo campaña para obtener puestos políticos y los y la oposición estaba respaldando los esfuerzos de la UP.

De hecho, una historia que terminaría en tragedia, comenzó con coraje y optimismo y es ahí donde necesito empezar.